

Él



RUBÉN CASTILLO GALLEGO

Mercedes Pinto fue una tinerfeña aguerrida, culta y cosmopolita, que se significó en su tiempo (1883-1976) como mujer de convicciones republicanas, feministas y adelantadas a su época. Tuvo la desgracia de contraer matrimonio con un hombre de espíritu perturbado, que amargó la existencia conyugal con sus destemplanzas y violencias físicas y que la impulsó al abandono del hogar común. En esta obra, titulada *Él* y publicada por Ediciones Escalera, nos encontramos con una singular crónica novelada de aquellos días, que conviene glosar con un cierto detenimiento, para que los lectores adviertan el tono de la obra.



Desde el mismo día en que se casaron, el marido se mostró como un celoso enfermizo, patológico, que veía incluso en un pobre huésped moribundo del hotel donde se hospedaban a un amante que la buscaba con lascivia secreta; luego, durante un viaje por mar, él trató de suicidarse, pero se las arregló para hacer creer a la marinería que había sido ella la alocada que intentaba matarse; cuando el colérico esposo supo que esperaban un hijo no reaccionó de mejor forma («¡Qué inoportunidad más grande! ¡Por todos lados gastos y más gastos!», p.20); en otras ocasiones estuvo a punto de despeñarla a ella por un precipicio (p.34), le provocó una grave hemorragia por zarandearla tras dar a luz (p.44), mata inmisericorde al pajarillo que su hijo pensaba liberar (p.47), trata de ahogar a la narradora mientras ésta duerme (p.53), destroza a patadas el árbol de Navidad que con tanto cariño ha preparado la mujer para los hijos (p.58), le disloca un brazo (p.76), etc. Frente a esas virulencias, ella visita a algunos abogados, que le indican la imposibilidad de divorciarse, porque el marido es un hombre respetado en los ambientes académicos y no muestra signos externos de locura (p.38); a sacerdotes que lo único que le piden es resignación y oraciones para que su marido mejore (p.40); a jueces que le piden a ella que haga esfuerzos para la buena marcha de la institución matrimonial (p.88); y a médicos que se niegan a firmar ningún parte de locura de su esposo, porque no son especialistas (p.89).

Al final, amargada por la incomprensión, la mujer que nos cuenta la historia termina por explotar: «¡Anatema sobre vosotros los cobardes que no levantasteis la voz para defenderme! ¡Sobre vosotros y sobre vuestros hijos recaiga mi dolor —¡todo el amargo manantial de mi dolor!— y el hambre, y la sed, y los insomnios torturantes, y todo el cruento palpitar de mis tremendas y apocalípticas horas de soledad!» (p.90)

Como se puede observar en el resumen, se trata de una historia donde los roles positivos y negativos están fuertemente marcados, y creo que esa polaridad de tintas no le hace demasiado bien a la novela. En efecto, cualquier lector se dará cuenta de inmediato de cómo chirría la obstinación hiperbólica de la narradora por presentarse como inocente, sumisa, tolerante, sufridora, abnegada, desplegando una «caridad sin límites, para quien había pateado las fibras más tiernas de toda mi existencia moral y material» (p.66), frente a la desaforada brutalidad unánime (casi caricaturesca), las reacciones desquiciadas, las pantomimas crueles y la falta de humanidad de su esposo... Lejos de mí erigir dudas sobre la realidad de lo contado; pero sí sobre su credibilidad narrativa. El maniqueísmo buena-malo que plantea la autora isleña tiñe de esperpento o de parodia sus páginas. La mujer del César (se ha dicho incontables veces) no sólo debe ser honrada, sino además parecerlo.

Esto no implica, ojo, que la obra sea mala o que la debamos desdeñar. En modo alguno. Antes bien, creo que constituye un documento interesantísimo sobre el estado psicológico y social de una mujer (símbolo de miles como ella) que tuvo que batallar contra prejuicios machistas, injusticias flagrantes y ceguerras torpes o interesadas de sus contemporáneos. En ese sentido, su valor es incuestionable. Léase, pues, sin dejarse amedrentar por los excesos (en muchas secuencias se tiene la sensación de estar presenciando el matrimonio entre la madre Teresa de Calcuta y Landrú) y se comprenderá que debemos leer este singular texto para saber de dónde venimos y qué avances se han logrado en el difícil pero imprescindible camino de la igualdad. Gloria a las precursoras.



Series de nuestra vida

Pascual
García
pasgarcia62@gmail.com

Mi generación creció con *El virginiano*, *La mula Francis* o *Los camioneros*, literalmente pegados a una pequeña pantalla convexa de un viejo televisor en blanco y negro, que tapábamos con un tapete rojo, cuando se extinguían las últimas imágenes del día, a eso de la medianoche, y sobre el que se colocaba a menudo un toro y una bailarina sevillana.

Han sido muchas las series, españolas y foráneas, que se han emitido en estos últimos cuarenta años, pero algunas dejaron su impronta con más intensidad que otras, aunque por aquellos días no contábamos más que con una cadena y este detalle facilitaba bastante el éxito de la mayoría por muy mediocres que fueran.

Hoy no sabríamos determinar la calidad de algunas de ellas, porque ya pertenecen a nuestra memoria sentimental y seguiremos recordándolas por el tiempo en que se cruzaron en nuestras vidas más que por el acabado del producto y la transcendencia de la fábula. Yo creo que nadie negaría un lugar de privilegio a *Curro Jiménez*, el valeroso bandolero, que igual desfacía entuertos decimonónicos en una Andalucía de leyenda, resolvía venganzas personales, asaltaba a los ricos, protegía a los débiles o luchaba con verdadero patriotismo contra los gabachos, para mayor vergüenza y escarnio de aquellos Borbones cobardes que huyeron abandonando a su suerte a todo un pueblo. De América nos vino en los años setenta *Starsky & Hutch*, que inauguraría una etapa gloriosa de detectives y policías televisivos con los que seguiríamos solazándonos durante un par de décadas.

La casa de la pradera marcó un hito de difícil superación. Tal vez nos pillara algo tontorrones, sensibles en exceso o de ánimo decaído, pero el caso es que lloramos tanto en aquellas tardes de sábado, eunida la familia en torno a las vicisitudes de otra familia, compuesta, eso sí, por hijas modelo, padres modelo y amigos modelo en el Medio Oeste de los heroicos pioneros americanos, mientras nos hacían comulgar con una soberbia moralina de carácter tan cursi como falso; a nosotros, que éramos hijos y nietos de una posguerra gazmoña y santurrona. En esa línea estuvieron, asimismo, *Marco y Heidi*, solo que en versión de dibujos animados, aunque nos daba lo mismo. Estábamos por aceptar cualquier cosa, el bodrio más calamitoso o la sandez más palmaria, y volvíamos a llorar como magdalenas, porque se moría el abuelo o Clara tornaba a andar o Marco no encontraba a su madre y al fin sí la encontraba.

Reconozco que nunca hicimos distinciones entre los productos nacionales y las series de fabricación extranjera. Eran, desde luego, diferentes, pero nosotros no íbamos a perder ni una sola oportunidad delante de aquel nuevo mundo, al que los remilgados de prosapia intelectual terminaron llamando *la caja tonta* y los progres de la izquierda ilustrada denostaron con inquina inquisitorial. Tal vez nadie caía en la cuenta de que cualquiera podía apretar un botón y mandarlo todo al cuerno con la más absoluta libertad.

Verano azul nos cogió a algunos al comienzo de nuestro primer curso universitario, hombres hechos y derechos que regresaban antes que a una infancia imposible, al deseo de lo que otros sí disfrutaron. Las peripecias de aquellos muchachos distaban mucho de nuestras gamberradas en el barrio, entre otras cosas, porque nosotros apenas habíamos visto el mar, nunca tomábamos vacaciones y no salíamos durante todo el verano de las calles de siempre, salvo para ayudar a nuestro padre en las faenas del campo. A pesar de la evidente ñoñería de los personajes y de los argumentos, de la factura no demasiado redonda de todo el entramado televisivo, de la simpleza con que eran abordados algunos problemas de la época, la serie se convirtió de forma misteriosa en un referente y así ha quedado hasta nuestros días, con momentos estelares que apenas hemos superado con dificultad y que aún llevamos en nuestra herencia emocional, como la inefable muerte de Chanquete o la rebelión de los muchachos contra las fuerzas públicas que pretendían desalojar el barco y residencia del viejo marinero, que, como no podía ser menos, sujetaba una pipa en los labios y tocaba de vez en cuando un vetusto acordeón. ¡Hay quién dé más tópicos!

Pero todos caímos en la trampa y sobre el mes de diciembre asistimos impresionados, uno de aquellos domingos por la tarde antes de ponernos a estudiar, a un hiperbólico *final del verano*, con la mejor banda sonora posible, la del Dúo Dinámico, y no tuvimos más remedio que derrumbarnos del todo. Habíamos sucumbido a la nostalgia y a su veneno, a los deseos incumplidos y a la pérdida cercana de la adolescencia, a la añoranza del verano próximo y al anhelo de una vida que no tuvimos nunca.

Tendría que aparecer *Cuéntame cómo pasó* en 2001 para que todo lo anterior acabara por difuminarse casi. Han sido más de diez años de esa humilde intrahistoria de la Transición política española narrada con eficacia y buen ritmo, sentido del humor, acierto documental e histórico e incluso brillantez interpretativa. Todos ellos son nosotros en alguna forma, siempre un tanto exagerados como mandan los cánones de la ficción popular, pero identificables, laboriosos como el país que fuimos en aquellos años, ingenuos, contradictorios, estúpidos, perdedores y triunfadores que emergían de una mala época y, sin embargo, tiraban *palante* como si nada.

¡Que Dios nos coja confesados cuando se acabe esta última serie de nuestra vida! Nos va a parecer que ocupamos un vacío insoportable y que el televisor es un objeto mudo como una piedra.

Hasta es posible que, aburridos al cabo, elijamos un libro al azar y lo abramos por cualquier página, aunque no creo que nos rindamos a la tentación de su lectura. ¡Estaría bueno!